

Libros colombianos raros y curiosos

Escribe: **IGNACIO RODRIGUEZ GUERRERO**

— LIII —

O'LEARY, DANIEL FLORENCIO (1800-1854). *Memorias del general O'Leary*. Tomadas y arregladas de los originales por su hijo Simón B. O'Leary. Publicadas por Julio D. Portocarrero, nieto del general O'Leary. Con prólogo de Guillermo Camacho, individuo correspondiente de la Academia Colombiana de la Lengua. Tomo tercero. *Apéndice*. 25 x 17 centímetros. XXII-427 páginas. Librería Americana. Imprenta de "La Luz". Puente de San Francisco, carrera 7ª número 590. Bogotá, 1914.

El general Daniel Florencio O'Leary nació probablemente en Cork, Irlanda, hacia el año de 1800, sin que sea posible fijar con exactitud la fecha de su nacimiento, pues no se ha encontrado hasta ahora la partida de bautizo que lo acredite. Sábese que era pariente remoto de eminentes personalidades anglo-irlandesas, como Edmundo Bruke y Daniel O'Connell. Muy joven, a los 18 años, llegó a América, enrolándose en Angostura, como alférez del ejército republicano. Sirvió a las órdenes de Anzoátegui, como secretario y primer ayudante de campo suyo. Estuvo en el Pantano de Vargas y en la batalla de Boyacá. Muerto Anzoátegui, poco después de ocurrida esta, entró, como edecán, al servicio de Bolívar, quien, conocedor de las dotes de ductibilidad, habilidad diplomática e incondicional adhesión a su persona, lo utilizó varias veces, como parlamentario y representante suyo, en misiones de suma importancia, ante el pacificador Morillo, ante el general Páez, lo mismo que cerca del gobierno del Perú y al sur de Colombia.

En su condición de ayudante de campo, acompañó al Libertador en casi todas sus campañas, de Boyacá al Perú, y en 1829, el consejo de gobierno, de Bogotá, lo designó como comandante en jefe de las tropas destinadas a sofocar la revolución de Antioquia, promovida por el héroe de Ayacucho, general José María Córdoba. Resultado de esa campaña fue la acción de El Santuario, en la que Córdoba, herido, fue luego villanamente asesinado

por el primer comandante Ruperto Hand, por orden expresa de O'Leary, según el mismo Hand lo confesó al cónsul británico en Cartagena, el 23 de agosto de 1831, y lo reiteró solemnemente ante el consejo de guerra que lo juzgó por ese delito: "...At this moment I met O'Leary, —dice— *Away to that house, Sir, said he and if Córdoba is there, kill him...*". Lo que aparece confirmado con la declaración del coronel Tomás Murray, el 24 de octubre de 1831, en la que consta que cuando el declarante se interpuso ante el asesino Hand, tratando de evitar el alevoso ataque, el irlandés le dijo en inglés: "Yo tengo orden de matarlo"; que al darle aviso de ello a O'Leary, este "le contestó con una exclamación grosera y se fue a caballo a otra parte"; y que a poco, volvió O'Leary a su lado y le dijo, en términos suaves: "Usted, Murray, ha hecho muy mal en interponerse en este asunto; yo di orden a Hand para matarlo, pero no hay que decirlo a nadie"; y, por último, "Que a consecuencia de este hecho (el asesinato de Córdoba), el general O'Leary premió a Hand con el empleo de primer comandante efectivo...". (Cf. *Proceso contra el primer comandante Ruperto Hand*. Prensas de la Biblioteca Nacional. Bogotá, 1942. Páginas 52; 83-84, etc.). En todo lo cual coincide el testimonio de varios de los altos jefes militares que actuaron en El Santuario bajo el mando de O'Leary, el general Francisco Urdaneta, el coronel Carlos Castelli y otros.

¡Cómo nos duelen las inculpaciones que a O'Leary se le han hecho, como responsable intelectual del atroz homicidio, no solo por los actores del sangriento drama, sino por los jueces que conocieron del suceso y por severos historiadores que más tarde lo analizaron, Botero Saldarriaga, Otero D'Costa, entre otros! Y quisiéramos verlo, en realidad, libre de toda sospecha, al edecán irlandés a quien con tanto acierto denominó "el albacea de la gloria de Bolívar" un eminente historiador hispano-venezolano, Manuel Pérez Vila, en la más amplia y completa biografía de O'Leary que hasta ahora se conoce.

Muerto Bolívar y disuelta la Gran Colombia, O'Leary es expulsado del país, y fija su residencia en Jamaica, posición británica entonces. Pocos años antes, el 20 de febrero de 1828, el irlandés había contraído matrimonio en Bogotá con una gentil dama venezolana, doña Soledad Soublette, hermana menor del célebre general del mismo apellido, quien lo acompañó en el exilio.

Parece que es por ese tiempo cuando toma cuerpo en la mente de O'Leary la idea de escribir acerca de la vida del Libertador, aprovechando de la amplia documentación que tenía en su poder, venturosamente rescatada de las llamas a las que Bolívar la había condenado, cuando en la cláusula 9ª de su testamento, otorgado en San Pedro Alejandrino, ante el notario José Catalino Noguera, el 10 de diciembre de 1830, 7 días antes de su muerte, dispuso: "Ordeno que los papeles que se hallan en poder del señor Pavageau se quemem...".

Solo que los diez baúles, repletos de documentos del archivo personal de Bolívar, que el Libertador le había encargado, con el designio de transportarlos a París, donde pensaba redactar sus *Memorias*, a base de ellos, fueron embarcados en Cartagena, con destino a Jamaica, dos días antes

de la muerte de Bolívar, en ocasión que Pavageau ignoraba por completo, venturosamente, el imperativo mandato de la cláusula 9ª del testamento del héroe.

No hay tal que el albacea testamentario del Libertador, don Juan de Francisco Martín se hubiese llevado consigo los diez baúles del archivo, cuando fue expulsado de la Nueva Granada, con O'Leary, en abril de 1831, como el ilustre biógrafo del irlandés, doctor Pérez Vila, lo da a entender, (página 483) siguiendo en ello el parecer equivocado del insigne publicista bolivariano don Vicente Lecuna, en su libro *La casa natal del Libertador* (1954), y como lo han repetido hasta aquí todos los historiadores que se han referido a este asunto.

Desde 1940, año en que apareció el volumen LIV de la *Biblioteca de Historia Nacional*, que es la *Memoria sobre la vida del general Simón Bolívar*, por Tomás Cipriano de Mosquera, sabíase, y era público y notorio por el testimonio de este prócer, que el comerciante antillano Juan Bautista Pavageau, amigo a quien el Libertador confió los diez baúles de su archivo, los llevó consigo, de Cartagena a Jamaica, dos días antes del fallecimiento del héroe. En efecto, en la página 764 de la obra citada, Mosquera escribe: "El 15 de diciembre partimos de Cartagena mi hermano el presidente, el señor Pavageau y yo, para los Estados Unidos con la triste convicción de no volver a ver al Libertador; el señor Pavageau, amigo del Libertador, conducía consigo varios baúles que contenían la secretaría privada del Libertador, que le había confiado a su cuidado, y de la que hizo relación en su testamento...".

Años después de editada por la primera vez la parte de la obra de Mosquera en donde se hace referencia concreta a este incidente, cuando Jorge Luis Arango hizo una segunda edición de ella, en 1954, como volumen V de la *Biblioteca de la Presidencia de Colombia*, nuestro compatriota el académico don Carlos González Rubio, de la Academia Nariñense de Historia y del Centro Bolivariano del Atlántico, publicó en el volumen XVII, número 54, de la *Revista de la Sociedad Bolivariana de Venezuela* (abril de 1958), un interesante artículo, *Los baúles confiados a Pavageau*, (páginas 33 y siguientes), en donde, con base en la referencia de Mosquera, tomada de la segunda edición de sus *Memorias*, pone la verdad en su punto, con la adición de otras curiosas investigaciones verificadas por González Rubio en archivos nacionales y extranjeros, tocantes a este problema. Sin olvidar la acción que le cupo a la bella Manuelita Sáenz, en la defensa del archivo y de los libros de Bolívar, que el canciller Alejandro Osorio pretendía incautar, con el pretexto de ser aquel de carácter oficial.

El docto historiador y publicista venezolano, Cristóbal L. Mendoza, en el tomo II de sus interesantísimos *Temas de historia americana*, muéstrase de acuerdo con el razonamiento de González Rubio, basado en el testimonio de Mosquera respecto de la fecha en que fueron sacados de Colombia los diez baúles del archivo de Bolívar, lo que explica su salvación de la hoguera a que su dueño los había condenado.

El contenido de los diez baúles del archivo, sin embargo, no se conservó siempre unido. Lecuna, citado también por el doctor Mendoza, recuerda a propósito que "Allí (en Jamaica) dividieron el archivo (O'Leary

y el albacea Martín) en tres porciones. Los documentos de 1813 a 1818, inclusive, se enviaron a Briceño Méndez, ausente en Curazao, con el objeto de que escribiera la historia de la guerra durante aquel período. La segunda parte, muy numerosa, de documentos de 1819 a 1830, la tomó O'Leary para escribir la historia de esos años. El resto de la primera parte y mucho de la segunda, todos documentos oficiales y correspondencia particular de funcionarios de los diversos países, los conservó Juan de Francisco Martín...". (*Escritos del Libertador*. Vol. I. Introducción general. Página 12).

Desde la isla antillana, O'Leary no cesa en su labor de allegar nuevos documentos bolivarianos para sus *Memorias*. A su cuñado, el general Soublotte le insta repetidamente que le ayude en tal sentido. Lo propio hará con otros jefes militares de la emancipación, que le franquean sus archivos: Briceño Méndez, Heres, Montilla, Urdaneta, etc. Lo que completa el propio general español Pablo Morillo, el pacificador de 1816, quien en una visita que le hizo O'Leary, acompañado de Soublotte, en La Coruña, en 1835, le regala muchos documentos tomados por los realistas en los campos de batalla en Venezuela, que el pacificador conservaba. Todo esto lo cuenta el propio O'Leary en la *Advertencia* que puso al volumen I de la *Narración*, suscrita en Caracas en 1840.

Catorce años más tarde, en Bogotá, muere el general O'Leary, sin haber cumplido su empeño de dar a la estampa sus *Memorias*, trabajo de buena parte de su corta vida. En su testamento, lega a sus hijos mayores, Simón B. y Carlos, el famoso archivo que poseía, enriquecido con los manuscritos de su redacción. Y solo 25 años después, en 1879, Simón B. ofrece al gobierno venezolano la copiosa documentación de su padre, y un gobernante amigo de las luces, a quien debe América el patrocinio de obras capitales para la historia del continente, el general Antonio Guzmán Blanco, mediante decreto de 3 de diciembre del año citado, dispuso la publicación de esos documentos fundamentales.

Nueve años transcurrieron para la edición total, en treinta y dos volúmenes, de las *Memorias de O'Leary*, divididos así:

Tomos I al XII: Correspondencia de hombres notables con el Libertador.

Tomos XIII al XXVI: Documentos.

Tomos XXVII, XXVIII y apéndice: La *Narración*, o *Memorias* propiamente dichas.

Tomos XXIX, XXX y XXXI: Cartas del Libertador.

El eminente bibliófilo venezolano, don Manuel Segundo Sánchez, en su *Bibliografía venezolanista* (tomo I de las *Obras*. Reedición caraqueña del Banco Central de Venezuela, 1964), páginas 256 y siguientes, hace una pormenorizada descripción bibliográfica de cada volumen. Con referencia al *Apéndice*, a que en este capítulo nos referimos, dice:

“El tomo tercero. *Apéndice*, del cual se tiraron 32 pliegos con 512 páginas, es el famoso volumen incinerado o desaparecido, del que solo

existen cinco o seis ejemplares. El grupo último lo constituyen los tres tomos numerados, XXIX, XXX y XXXI... Con la numeración que se impuso a estos tres volúmenes, en vez de I, II y III de *Cartas del Libertador*, quiso cubrirse o hacerse olvidar la desaparición del tomo *Apéndice*...".

Y más adelante, el mismo bibliófilo añade: "...*Apéndice*. Se suspendió su impresión, de orden de Guzmán Blanco, a la sazón presidente de la República, cuando se habían tirado 32 pliegos con 512 páginas. La edición, que constaba de tres mil ejemplares, desapareció desde entonces: apenas cinco o seis ejemplares, de que se tenga noticia, fueron conservados clandestinamente, y constituyen, por su rareza y por la importancia de su contenido, la más preciada joya de la bibliografía venezolana. Es de suponerse que el resto de los originales que no se publicaron, entre los que se encontraban centenares de cartas de puño y letra del Libertador, dirigidas a Manuela Sáenz, según afirmación del propio general O'Leary, que corre inserta en la página 376, constituía suficiente material para completar este volumen y editar uno o dos más...".

Efectivamente, al pie de una carta de la Sáenz, escrita en Paipa el 10 de agosto de 1850, a propósito de la conjuración de septiembre, (página 305 de la edición bogotana del *Apéndice*, que estamos comentando) hay una nota que dice: "En 1846 escribía el general O'Leary a un amigo que le había pedido autógrafos de personajes ilustres lo siguiente: 'A propósito de autógrafos y del de Bolívar que le envió ahora, usted ha oído hablar, sin duda, de doña Manuela Sáenz la excéntrica *cara amiga* del general Bolívar. Hace pocos días me mandó una orden para que me entregaran en Bogotá un cofrecito que contiene algunos centenares de cartas que le había dirigido su ilustre amante, y todas de su puño y letra. Apenas he tenido tiempo de recorrerlas muy a la ligera. Nunca ha habido amante más ardiente y más apasionado...".

¿Qué destino les cupo a esos centenares de cartas de Bolívar a Manueleta, de que habló O'Leary? ¿Le fueron remitidas por el irlandés a la destinataria de ellas? ¿O destruidas en el gobierno de Guzmán Blanco, como algunos suponen?

Sea de ello lo que fuere, el bibliógrafo Sánchez comenta: "Las *Memorias del general O'Leary* constituyen el más grandioso monumento erigido a la gloria del Libertador; y el magistrado que acogió la oferta, hecha por la familia del prócer, poniendo a salvo para la posteridad el invalorable tesoro que O'Leary recogió, merecerá siempre bien de la patria. Incomprensible parece, no obstante, que hombre de tan clara inteligencia como Guzmán Blanco, por un fútil pretexto, cual fue la inserción en el tomo tercero, *Apéndice*, de la célebre carta de Manuela Sáenz para su marido el doctor Thorne y la que con este motivo dirigió a ella el Libertador, hubiese determinado inconsultamente, tan pronto como tuvo noticia del hecho, que los 32 pliegos ya impresos, se incineraran... Persona fidedigna refiere la escena que se desarrolló a este propósito. Cuando Simón B. O'Leary, hijo del general y encargado de la edición, compareció ante Guzmán Blanco, este, a voz en cuello, como tenía por costumbre, le dijo: 'La ropa sucia se lava en casa; y jamás consentiré que en una publicación que se hace por cuenta de Venezuela, se amengüe al Libertador'.

Criterio erróneo, de fijo, pues ningún actor en la historia de los pueblos, por alto que sea, puede sustraerse al análisis crítico de su vida pública y privada; y Bolívar, a compás que se humaniza y se ahonda más en sus íntimos actos, adquiere mayor excelsitud: desaparecido el semidiós, el hombre aparece entonces en toda su grandeza. Graves cargos se formularán contra Guzmán Blanco, si los 'centenares de cartas' del Libertador para su favorita, que se hallaban en el archivo de O'Leary, y que sin duda fueron a dar en manos del antiguo presidente, no reapareciesen a la postre...". (Página 264).

Jamás reaparecieron esos centenares de cartas de Bolívar a Manueleta. El mismo erudito bibliógrafo, en un estudio sobre *O'Leary y su misión a Antioquia*, publicado en el volumen II de sus *Obras*, y escrito en Caracas, en marzo de 1933, hace constar: "Por orden de Guzmán Blanco suspendiose la tirada del tomo *Apéndice* en 1883 y, cuatro años después, el 29 de septiembre de 1887, según recibo que el general Vicente Ibarra otorgó al doctor Ernst, a la sazón director del Museo Nacional, el propio Guzmán se incautó de un legajo de documentos pertenecientes a los originales de la obra del general O'Leary designado con el título de *Apéndice*. A poco, Guzmán Blanco dirigióse a Francia, donde murió años más tarde. Conocida su devoción por el lustre de nuestros anales, queremos atribuir a su ausencia de la República la no sacada a la luz de tan interesante documentación que debe de reposar en su archivo de París o en el que sus descendientes guardan en Caracas...". (Páginas 64-65).

A finales del siglo XIX, en 1897, el historiador venezolano José Gil Fortoul preparaba un nuevo tomo de la monumental *Historia constitucional* de su patria, ocasión en que, desde París, el 29 de abril de ese año, le decía a su amigo y corresponsal don Lisandro Alvarado: "Voy a ver si en este verano trabajo algo y dejo preparado un nuevo volumen... Dígame una cosa: no logré conseguir el tomo de las *Memorias de O'Leary* que fue incinerado en tiempos de Guzmán Blanco, por contener la correspondencia íntima de Bolívar, según unos, y según otros por contener cartas que no favorecían a Guzmán padre. Sé que de aquel acto vandálico se salvaron dos o tres ejemplares. ¿Sabe usted por dónde andan?...". (*Epistolario de Gil Fortoul a Lisandro Alvarado*. Imp. del Estado Lara. Barquisimeto, MCMLVI. (Páginas 219-220).

A fines del año 97, el 13 de diciembre, ya en Caracas, Gil Fortoul le cuenta a su corresponsal: "Después de muchas y largas pesquisas tuve por fin esta mañana la gran fortuna de dar con el tomo de O'Leary (correspondencia de Bolívar), cuya edición mandó incinerar Guzmán. Le faltan pocos pliegos. Voy a decorarlo, y a tomar notas para escribir sobre él cuando regrese a Caracas, que será probablemente en la primavera próxima...". (*Ibidem*, 223).

Y el 18 de octubre del 98: "Publicaré pronto un análisis del tercer volumen de las *Memorias de O'Leary*, suprimido por Guzmán Blanco en 1883. Lo conseguí aquí el año pasado, por una feliz casualidad...".

No recordamos haber leído, en ninguno de los ocho volúmenes de las *Obras completas* de Gil Fortoul, publicadas en Caracas en 1957, el anunciado análisis del libro que estamos comentando.

Andando el tiempo, uno de esos dos o tres ejemplares del *Apéndice*, salvados de las llamas, de la ocultación o del secuestro, de que hablaba Gil Fortoul, cayó en manos del bogotano don Julio D. Portocarrero, nieto, de O'Leary, quien dispuso la reedición de la obra, en la imprenta de "La Luz", y por cuenta de la Librería Americana, en 1914.

Fue así como, por primera vez, se hizo verdaderamente público el contenido de este raro volumen, que es el siguiente:

- 1) Prólogo.
- 2) Introducción.
- 3) Advertencia.
- 4) O'Leary. Boceto biográfico.
- 5) Hoja de servicios.
- 6) Mi misión a Colombia (1826).
- 7) 1826-1827.
- 8) Convención de Ocaña (1828).
- 9) Conjuración del 25 de septiembre (1828).
- 10) Mi misión cerca del gobierno del Perú y al sur de Colombia (1828-1829).
- 11) Apéndice. Carta de Bolívar (1829).
- 12) Washington y Bolívar (1832).
- 13) Colón y Bolívar (1832).

No obstante la importancia de esta publicación, parece que ella fue recibida con frialdad, aun en los círculos académicos de la época. En el *Informe* reglamentario del secretario perpetuo de la Academia Nacional de Historia, doctor Pedro M. Ibáñez, leído en la junta pública en el Teatro de Colón el día 28 de octubre de 1914, al hablar de *Bibliotecas*, consagró estas escuetas líneas a la obra que nos ocupa:

"Don Julio D. Portocarrero ha reimpresso y donado a la Academia el tercer volumen de la *Narración de las memorias* de su benemérito abuelo el general Daniel Florencio O'Leary". (*Bol. de Hist. y Antigüedades*. Vol. IX. Página 486).

El 6 de octubre del año 14, en breve nota protocolaria, don Julio D. Portocarrero hizo entrega a la Academia de Historia de un ejemplar del *Apéndice* a las *Memorias de O'Leary*, por él reeditado.

Por una rara y sugestiva circunstancia, la publicación de la edición bogotana del *Apéndice* que estamos comentando, coincidió, en el mismo año de 1914, con "la aparición", o "el hallazgo" de los primeros 32 pliegos, con 512 páginas de la edición caraqueña de la obra citada, suspendida por orden de Guzmán Blanco. Pero no hubo tal incineración de lo ya impreso, como creyeron todos, Gil Fortoul entre otros. El "Ilustre americano" había ordenado esconder los pliegos impresos en los sótanos del palacio de gobierno, con la orden severa de no removerlos ni acordarse de

ellos. El incansable don Manuel Segundo Sánchez, en su estupendo estudio bibliográfico, *Ediciones incompletas o truncas*, dice, refiriéndose a este hallazgo: "...Mucho tiempo después, en 1914, el gobierno de Venezuela entró en posesión de una gran parte de los ejemplares que se consideraban perdidos, los cuales puso en circulación, truncos o incompletos, como se dijo; pues, hasta el presente, no ha sido posible dar con los interesantísimos manuscritos del general O'Leary que completan el volumen de referencia...". El estudio donde se hacen estas advertencias se publicó primeramente en el *Boletín de la Biblioteca Nacional*, de Caracas, en los primeros meses de 1925. (*Obras*. II. 146-147).

Muchos años más tarde, en 1952, en ocasión de celebrarse el centenario de la muerte de O'Leary, el gobierno de Venezuela acordó una reedición de los dos volúmenes de la *Narración* del irlandés y del *Apéndice* famoso. Este tercer volumen está precedido de una magnífica nota editorial, acerca de las vicisitudes de esta parte de las *Memorias* de O'Leary, debida al eminente investigador y publicista, doctor Pedro Grases. E incluye el conjunto de documentos que O'Leary denominó *Mi misión a Antioquia*, que no figuran en la edición bogotana de 1914, además de un breve artículo del insigne don Vicente Lecuna, *Una carta apócrifa atribuída al general O'Leary*, sobre la cual, empero, a nuestro entender, no se ha dicho la última palabra.

Esta edición bogotana del *Apéndice* de las *Memorias* de O'Leary es ya rareza bibliográfica. Y, desde luego, necesario complemento de la magna colección documental en hora buena publicada como testimonio impercedero de la gloria del Padre de la Patria.